
EL SOCIAL-GAULLISMO DE FRANÇOIS MITTERRAND

Jacques Julliard



Entre el gaullismo y el socialismo a la francesa hay muchas analogías, no sólo en el terreno de la política económica, sino también en la práctica institucional.

La Constitución de 1958, modificada en el 62, que rige hoy en Francia es, sin lugar a dudas, el mejor legado del General De Gaulle a sus sucesores, y, en particular, a los socialistas, a los que ha permitido salir del dilema —insoluble en el régimen parlamentario— de la doble imposibilidad de gobernar con los comunistas y de gobernar sin ellos. Pero es necesario añadir que François Mitterrand se ha encontrado perfectamente a gusto en un modelo institucional del que se había di-

cho que estaba hecho a la medida del General De Gaulle. En política exterior el paralelismo es todavía más sorprendente. Nos encontramos frente a la misma concepción del equilibrio europeo y mundial, con la misma tentativa de hacer de Francia la guía de las pequeñas potencias contra la hegemonía de las dos superpotencias.

Son del todo diversas, por el contrario, las bases sociales de los dos líderes. De

Gaulle tenía sólidas raíces entre los campesinos, los dirigentes, los grandes y pequeños empresarios, los pensionistas; Mitterrand, por el contrario, cuenta entre sus seguidores con los obreros, los empleados, los funcionarios, los jóvenes.

¿Nos encontramos en el crepúsculo de la sociología política? El degaullismo, no hay que olvidarlo, fue en un momento su salvación. Aquella masa flotante de nuestra historia, venida de no se sabe dónde y tan fastidiosa para nuestros contemporáneos ha sido diseccionada, deshecha, pulverizada. «Precursores del fascismo» (como los llamó el PCF en 1958) «agentes del gran capital» (volvió a repetir el PCF en 1959), «corifeos del neocapitalismo», según Serge Mallet, «reencarnación del bonapartismo», según René Remond, el gaulismo era todo lo que se quería salvo algo de De Gaulle. Se negaban a creer en las historias del mágico kepi y del 18 de junio.

No pasa nada de esto con Mitterrand. El admirador de Stendhal, el compatriota de Chardonne, parece terreno reservado para los psicólogos. Los intérpretes callan, intimidados, como si el comentario, por el despego que requiere, se hubiera convertido en la antecámara de la irreverencia. Olvidado el debilitamiento de las intenciones, cortadas las alas al deseo, no nos quedan más que las tierras desoladas de los hechos consumados.

¿Qué subjetividad se plegaría con gusto? La objetividad de cuño marxista, en pocas palabras, resultaría sólo bien para los otros.

La revolución de De Gaulle.

Podemos intentar esbozar a dieciocho meses vista, un primer balance, al menos. Sería como si, para referirnos a los acontecimientos de la época de De Gaulle, es-

Mitterrand se ha encontrado a gusto en un modelo institucional hecho a la medida de De Gaulle.

tuviéramos todavía en 1960. Muy poco en el fondo.

Más adelante trataremos de precisar la parte que François Mitterrand se prepara

a asumir al lado de sus predecesores, Jaurès y Blum, Guesde y Mollet. Pero es de la República de quien vamos a hablar y principalmente de ese período, que comprende ya más de un siglo y que se inicia con Gambetta, que fue el fundador, y que se cierra con De Gaulle, el consolidador. Desde su elección en mayo de 1981, tengo la impresión de que Mitterrand está intentando que se le sitúe entre estos dos personajes. Del primero ha heredado la sociología, del segundo el programa, pues él pertenece, como ellos dos, a los campeones de la república voluntarista, personalista, popular, en contraposición a aquellos que Odile Rudelle definía como partidarios del no-hacer republicano, que veían en el inmovilismo político el mantenimiento de la hegemonía de los elegidos sobre los electores, un anonimato republicano, que a sesenta años de distancia, encuentra una personificación maliciosa en Jules Grevy y en Henry Queuille.

En los años sesenta, De Gaulle fue el héroe epónimo del cambio. El término no se usaba, pero el fenómeno se vivía como tal. Un cambio tan profundo de la sociedad, que en el momento de la dimisión de De Gaulle, en 1969, en aquella Francia que durante un siglo había maravillado a los extranjeros por su genio inmovilista, era, ahora ya, irreconocible. Los años de De Gaulle han supuesto la muerte de una sociedad rural milenaria y de un régimen parlamentario centenario, del mismo parlamentarismo. Después de muchos años estos dos mundos habían acabado por entenderse, hasta compenetrarse y convertirse por último en inseparables. La sociedad rural se adaptaba perfectamente a ser gobernada por delegación. El régimen parlamentario se apoyaba sobre los fundamentos profundos de una sociedad que permanecía fundamentalmente agraria en

su economía, en su hábitat, en sus costumbres y en su mentalidad. En realidad es a la Tercera República a quien se aplica mejor el célebre análisis hecho por Marx del bonapartismo, un régimen rural basado en los poderes delegados.

Por una ironía de la historia le ha tocado a un tradicionalista, en el mejor sentido del término, impulsar la transición hacia un futuro imprevisible. De Gaulle, o mejor dicho el empirismo, ha presidido el despojamiento de la clase política tradicional y el empuje hacia una autorresponsabilización de la sociedad. En este sentido, paradójicamente, los jóvenes de 1978 eran ciertamente hijos del gaullismo. Hijos naturales, se entiende. Hijos rebeldes, pero hijos al fin y al cabo. La ironía del destino, por otra parte, ha hecho que el progresista François Mitterrand no pueda ser el testigo de tantos cambios como el conservador Charles De Gaulle. Lo que se ha hecho, no puede por definición volverse a hacer. A De Gaulle le tocó romper con el pasado y le toca a Mitterrand recoger su herencia. Hablo aquí, obviamente, sólo de las estructuras productivas ya que en el campo de los cambios sociales hay mucho campo para la imaginación y la generosidad. Quedan, por el momento, los elementos de continuidad.

¿Un gaullismo de izquierdas?

Aún a riesgo de parecer tonto o de ser mal comprendido, diré que 1981 ha sido, por muchos motivos, la nueva victoria del gaullismo sobre el giscardismo de derechas. Los mismos gaullistas de derechas, por otra parte, no se han equivocado: La pequeña corte obstinada del tráfuga de la República Gaullista va a colonizar todos los caminos y ricones de la República de Mitterrand. Brotan por doquier, en la política, en la economía, en la administración, en los medios de comunicación.

Nunca, lo confieso, los hubiera creído tan numerosos. Curioso retorno de las cosas. Son ellos, en verdad, y no los radicales, los que representan la UDSR del nuevo régimen. No es cierto que François Mitterrand se sienta ufano de oír llamarse gaullista de izquierdas. En verdad, es demasiado pronto para definir a De Gaulle como un Mitterrand de derechas. Pero, se quiera o no, los hechos hablan.

La economía, en primer lugar. El proyecto industrial es, sin lugar a dudas, el mismo. Con el mantenimiento de las inversiones y el apoyo al consumo se trata, en el fondo, de hacer de la industria el instrumento de la potencia de Francia y la prosperidad de sus habitantes. Aquel vasto proyecto sansimoniano del que Georges Pompidou fue innegablemente el prin-

1981 ha significado la nueva victoria del gaullismo sobre el giscardismo de derechas.

cipal artífice junto a hombres como Debré y Chalandon, sigue siendo la trama de fondo de los proyectos de François Mitterrand y Jean-Pierre Chevènement. Pero la

diferencia entre los dos períodos es esencial. Los gaullistas, en los felices años de la expansión dirigían la economía como el flautista de Hamelín los ratones, sin darse cuenta. Hoy ya no sucede lo mismo. Hemos pasado del crecimiento espontáneo al crecimiento voluntario, con resultados a todas luces más modestos. De aquí también la tendencia a un cierto nacionalismo económico, que pudo ser ignorado por el gaullismo durante mucho tiempo, que su jefe no habría aceptado reconocer, lo que supone la reconquista del mercado interior y la extensión del sector nacionalizado.

Sorprende, en este punto, la frágil parte desarrollada por la planificación, que nace en el fondo después de la liberalización, en el punto de unión entre los círculos gaullistas y socialistas. Se ha estado tentado de decir que el crecimiento se ha concebido frecuentemente como un socialismo espontáneo y el socialismo como un desarrollo dirigido, en la Francia de la

postguerra. Una fórmula que tiene un valor descriptivo sobre el plano de las infraestructuras. Pero al margen de esto, ese salto sobre los objetivos propiamente sociales del socialismo, olvida que otra política socialista, con una mayor dureza, también es posible teóricamente: que sea capaz de restablecer de verdad las leyes de la oferta y de la demanda y de orientar sistemáticamente la producción hacia los bienes socialmente útiles.

¿Por qué no ha prevalecido esta orientación selectiva? Ciertamente, a causa menos de las diferencias de escuela tradicionalmente invocadas (socialismo de los medios de producción contra socialismo asociativo) que, a causa de una exigencia primordial, que se plantea hoy a cualquier gobierno: la lucha contra el desempleo. Desde el momento en que se da una prioridad absoluta a la creación de puestos de trabajo, el grado de utilidad social del trabajo así creado se convierte en una cuestión secundaria. Paradójicamente, el capitalismo en crisis impone su lógica (la de favorecer la oferta) mucho más que el capitalismo triunfante. Y la posibilidad de reformas estructurales en el interior de un sistema capitalista en plena depresión es hoy dudosa.

El gaullismo y el socialismo de Mitterrand tienen puntos de contacto no sólo a través de los hilos de la economía, sino también en la práctica institucional. La Constitución de 1958, modificada en el 62, que rige hoy en Francia, es, sin lugar a dudas, el mejor legado del General De Gaulle a sus sucesores, y a los socialistas en particular. A ellos le ha permitido salir del dilema insoluble en el régimen parlamentario, de la doble imposibilidad de gobernar con los comunistas y sin ellos; aunque esta Constitución inigualable, cuyos méritos han sido, por fin, descubiertos por la izquierda al cabo de los años, sólo puede funcionar con la inteligente complicidad del electorado. Lo que es

bastante, por otra parte, para condenarla a los ojos de los nostálgicos del sufragio indirecto y del parlamentarismo integral. Hasta ahora, este electorado, decididamente más lógico y más consecuente de lo que se imagina, ha dado siempre al Presidente la mayoría que necesitaba para gobernar. E, incluso, en 1981 ha sido consecuente con esta tendencia, confirmando a la Constitución su posterior credibilidad.

Los nuevos poderes del Presidente.

La personalidad de François Mitterrand ha hecho el resto. Como a él mismo le gusta constatar, se ha encontrado a sus anchas en un ropaje constitucional del que dijo sin reflexionar que había sido cortado a la medida del General De Gaulle, cuando fue el menos apropiado para él. Sea lo que sea, la experiencia política de François Mitterrand, su sentido del liderazgo, el saber guardar las distancias, incluso una casi imperceptible altivez, que sabe mantener frente a todos, incluso con sus más íntimos allegados, le inclinaban a las funciones que ejerce. Nadie piensa, hoy, en volver a poner en discusión nuestras instituciones: una situación casi irrepetible en Francia desde hace dos siglos. Por lo que se refiere a la práctica presidencial del líder socialista, menos apartada de la realidad que la del General De Gaulle, pero del mismo modo menos capilar y ubicua que la de Giscard, la historia la comparará, sin lugar a dudas, con la de Georges Pompidou: mantenimiento y desarrollo de los poderes discrecionales, márgenes amplios dejados al Primer Ministro en su papel de superministro del trabajo y de los asuntos económicos (como quería Chaban-Delmas), intervenciones puntuales en las situaciones de fricción, cuando la práctica lo requiera. Por

Mitterrand ha perseguido dos objetivos: reducir las desigualdades y restablecer la confianza en la democracia.

lo que respecta a la presencia de los comunistas en el gobierno, tiene sus ventajas, ya que permite asociarlos a las decisiones del poder teniéndolos, sin embargo, vigi-

lados, si bien presenta, no obstante, ambigüedades en cuanto autoriza al PCF a servirse de sus santuarios, como en un momento Joseph Prudhomme de la espada: para defender nuestras instituciones y, en su caso, para combatir las...

Mitterrand es el heredero de una considerable parte de la política gaullista así como la expresión de nuevos estratos sociales.

en base a consideraciones políticas que le parecían prioritarias. Sin embargo, no ha infravalorado el coste de esta prudente prodigalidad. Si resolvía los problemas a

Sobre estos presupuestos, el presidente y el gobierno socialista pueden vanagloriarse, con sólo 18 meses, de un balance positivo. Mientras De Gaulle había dedicado todos sus esfuerzos a reconstruir el Estado y la República y un ejemplo de esto ha sido la Constitución, y la liquidación de la guerra de Argelia, Pompidou a fomentar la industrialización, Giscard a reconciliar nuestras leyes y nuestras costumbres (la mayoría de edad, el divorcio, el aborto), Mitterrand ha perseguido dos objetivos principales: reducir las desigualdades, medida tanto más urgente desde el momento que la crisis había rebajado peligrosamente el umbral de la intolerancia social hacia ellos, restablecer la confianza en la democracia gracias, sobre todo, a la liberalización de la justicia.

Si este segundo objetivo ha sido alcanzado en condiciones excelentes, gracias principalmente a Robert Badinter, mientras que en materia de información el balance es todavía incierto, el coste económico del primer bloque de medidas sociales es, en compensación, elevado. Una mejor valoración de los vínculos coyunturales habría ciertamente permitido conseguir el mismo resultado a un menor coste. Pero Mitterrand tuvo, al día siguiente de la victoria electoral, que rendir tributo por todas las esperanzas que este acontecimiento había suscitado. ¿Quién será capaz de calcular nunca el coste económico que las desilusiones —huelgas, desórdenes— de una política más sabia y prudente habrían producido? Escogiendo la vía de la descomprensión, representada en 1981, por un balance poco razonable, Mitterrand no ha descuidado la economía, ha actuado, como siempre, deliberadamente

corto plazo sacrificaba los objetivos a largo plazo. La falta de previsión de 1981 ha llevado a la austeridad de 1982-83 y a la dictadura coyuntural.

El vínculo del empleo.

En estas condiciones, ¿qué es lo que podrían representar las reformas sino un efímero retorno de Elba? Así el modo en que ha sido decretada y aplicada, por ejemplo, la reducción de una hora en la duración legal del trabajo, sin incidencia sobre los salarios altos y medios, compromete la continuidad de esta experiencia. Se deduce, de las declaraciones de Pierre Mauroy, que la promesa de llevar —en 1985— la duración del trabajo a 35 horas es insostenible. De esta forma, una medida que tenía el valor de una reforma de las estructuras en el ánimo de los promotores sindicales, porque tendía a la disminución del desempleo a través de un mejor reparto del trabajo, corre el riesgo de transformarse en una simple medida «social».

A finales de 1982, la lucha del gobierno contra el desempleo se ha manifestado —exclusivamente— en la búsqueda de un crecimiento económico y de pleno empleo, que no está, en modo alguno, conforme ni con las posibilidades del momento ni con el espíritu del socialismo. A diferencia del capitalismo paternalista, que hace de los hechos sociales un mero apéndice de la variante económica, un simple dividendo del crecimiento, el socialismo trata, por el contrario, de lograr una verdadera compenetración entre las medidas sociales y la política económica. «El hecho de que sólo el trabajo remunerado se ha convertido en la medida por la que se mide la dignidad de un individuo es algo muy extraño», observa acertadamente

Pierre Drouin. «De golpe —prosigue Drouin— el trabajo se ha convertido en un fin en sí mismo, lo que es peligroso —como decía Alfred Sauvy— porque es el producto del trabajo lo que constituye la fuente de la riqueza y el activo del balance de una nación y no la ocupación».

Por una curiosa aberración, la producción de la riqueza se ha convertido en el medio y el trabajo en el fin, mientras debiera ser lo opuesto. La crítica socialista del productivismo no supone reducción alguna de la producción, ni un puro malthusianismo económico sino tan sólo la lucha contra la perversión capitalista de la actividad productiva. En muchos aspectos la crisis actual no es sino el efecto de esta perversión, por esta razón una búsqueda excesiva del crecimiento no puede, con el tiempo, más que agravar el mal en lugar de curarlo. Esta crisis sólo puede tener una solución socialista, que anteponga la utilidad social de la producción al mero crecimiento. Una parte del trabajo industrial se ha convertido hoy en insignificante, irrelevante. La vía de solución de la crisis presupone una rápida redefinición de las finalidades de la actividad productiva, pero la gravedad de la crisis convierte en arriesgada esta misma redefinición. Aquí reside la principal dificultad del gobierno socialista. Hoy, realmente, el criterio principal del socialismo no es tanto la forma jurídica de apropiación de los instrumentos de producción, sino la naturaleza social de los objetos producidos.

Un promontorio entre los dos continentes.

Hablemos de política exterior. Aquí el paralelismo es sorprendente. Sólo quien tenga una visión demasiado superficial de la personalidad de François Mitterrand o demasiado polémica del General De Gaulle podrá mostrar extrañeza. En realidad nos encontramos frente a la misma idea

de independencia nacional, frente a la misma concepción del equilibrio europeo y mundial, frente a la misma tentativa de hacer de Francia el líder de las pequeñas potencias, contra la hegemonía de las dos superpotencias. Esta política tiene su lógica y sus exigencias especiales. Por este motivo, el apoyo a la *force de frappe* nacional ha sido una consecuencia natural.

Se objetará que por una aparente paradoja, la política exterior de François Mitterrand es, de hecho, menos antiamericana y, por esta razón, más atlántica que la del General. Este, por el contrario, se convirtió en campeón de la distensión, de una Europa que se extendía hasta los Urales, propugnando una cierta colaboración con la Unión Soviética. Estas dos posturas deben mucho a las circunstancias y nada a la ideología. Nadie podrá suponer nunca la mínima tolerancia hacia el comunismo ni tampoco un verdadero filomericismo por parte de François Mitterrand, que no tiene muchas simpatías hacia la cultura anglosajona. Simplemente los tiempos han cambiado. En 1965 la potencia americana dominaba el mundo y sus tropas estaban empeñadas en una guerra —Vietnam— de reconquista sin esperanzas. Era, por eso, lógico, en nombre del equilibrio mundial, apoyar algunas iniciativas soviéticas. Hoy, por el contrario, el poderío soviético se ha convertido en preeminente, sobre todo en Europa, donde va a suponer una amenaza indirecta a nuestra independencia. El Ejército Rojo está comprometido en Afganistán en una aventura imperialista. Es por ello normal, por las razones antes apuntadas, apoyar algunas iniciativas americanas, precisamente aquellas que tiendan a restablecer el equilibrio militar en el continente europeo.

Se objetará que por una aparente paradoja, la política exterior de François Mitterrand es, de hecho, menos antiamericana y, por esta razón, más atlántica que la del General. Este, por el contrario, se convirtió en campeón de la distensión, de una Europa que se extendía hasta los Urales, propugnando una cierta colaboración con la Unión Soviética. Estas dos posturas deben mucho a las circunstancias y nada a la ideología. Nadie podrá suponer nunca la mínima tolerancia hacia el comunismo ni tampoco un verdadero filomericismo por parte de François Mitterrand, que no tiene muchas simpatías hacia la cultura anglosajona. Simplemente los tiempos han cambiado. En 1965 la potencia americana dominaba el mundo y sus tropas estaban empeñadas en una guerra —Vietnam— de reconquista sin esperanzas. Era, por eso, lógico, en nombre del equilibrio mundial, apoyar algunas iniciativas soviéticas. Hoy, por el contrario, el poderío soviético se ha convertido en preeminente, sobre todo en Europa, donde va a suponer una amenaza indirecta a nuestra independencia. El Ejército Rojo está comprometido en Afganistán en una aventura imperialista. Es por ello normal, por las razones antes apuntadas, apoyar algunas iniciativas americanas, precisamente aquellas que tiendan a restablecer el equilibrio militar en el continente europeo.

Por lo que se refiere al Tercer Mundo la filiación gaullista no es menos evidente. Sabemos la extraordinaria popularidad que el General conquistó, desde Costa de

El Partido Socialista triunfó en Francia en el momento en que la idea misma de socialismo entraba en crisis.

Marfil a Cuba, como campeón de la independencia nacional y de la resistencia a la hegemonía de las dos superpotencias. François Mitterrand se ha movilizado en favor de otros principios, en base, sobre todo, al principio de solidaridad socialista. Pero el resultado es el mismo. El Tercermundismo de François Mitterrand, que no está exento de cierta benevolencia, frente a ciertos países como Nicaragua y Cuba, intenta impedir que los movimientos de emancipación que sacuden África, Asia y América Latina desde finales de la última guerra mundial se traduzcan sistemáticamente en un estado de confusión para los occidentales y de ventaja para los rusos. François Mitterrand tiende siempre a medirse con los comunistas y a compensar su handicap de partida con el dinamismo y la solidez de su línea. Georges Marchais y el PCF saben algo de esto, por la época en que acabaron siendo víctimas de su propio juego. Es como si el líder socialista aplicase, a escala internacional, la táctica que había utilizado con éxito, en política interior: ganarle la partida a los comunistas en su propio terreno. Los límites de esta política son los mismos con los que ya se había enfrentado De Gaulle, es decir, los de la potencia francesa en el mundo. Por esta razón, los dos Jefes de Estado, el último con más convicción, el primero con más resignación, han acabado por aceptar la misma idea de Europa, una Europa autónoma, internacional, no ya transnacional como Jean Monnet o Robert Schumann la habían, en su momento, soñado.

Hay, todavía, entre la política compleja de De Gaulle y la de Mitterrand una diferencia capital: las circunstancias en las que tuvo lugar. El éxito del gaullismo deriva de las combinaciones excepcionales de expansión económica y de distensión internacional. La diplomacia del General con sus intentos por sustraerse a la disciplina de las dos superpotencias y de reafirmar un liderazgo francés sobre las pe-

queñas potencias, así como sobre los países del Tercer Mundo, no se oponía fundamentalmente a la política de los bloques. Era como una cancioncilla comparada con un concierto, un sistema diplomático paralelo, que terminaba formándose entre las fisuras del sistema mundial. De Gaulle no dejaba de jugar con el poder marginal que representaba, sabiendo bien que, cualquier retorno de las tensiones entre rusos y americanos le habrían obligado a romper filas. En 1968, con la invasión de Checoslovaquia —que se intentó minimizar— dobló la campana de muerte por la Ostpolitik francesa. El mismo empezaba a darse cuenta de ello —de ahí sus entrevistas con Soames—, mientras los franceses le estaban intentando minar la confianza en sí mismo.

El neogaullismo diplomático de François Mitterrand se base, ante todo, en una política que no es personal ni propia. De nuevo, rusos y americanos se enfrentan con dispar fortuna en los diversos escenarios internacionales, con el agravante de que son nuestros aliados los americanos, los que se encuentran con más frecuencia en una situación difícil. Eran, sin embargo, estas testarudeces respecto a la política atlántica lo que constituía justamente el discreto encanto de De Gaulle en la escena mundial que le permitía, con riesgos limitados, conquistar las simpatías de los pequeños y de los humildes. Hoy vivimos en épocas difíciles y el ballet diplomático se puede sólo permitir pasos contados.

La nueva estratificación social.

Hasta aquí hemos estudiado los elementos de continuidad de la política económica, institucional y exterior de François Mitterrand respecto a las orientaciones de la V República. Si examinamos ahora la naturaleza social de los resortes de los que dispone, los elementos de rup-

**La victoria del PSF
ha eliminado
de su seno
las grandes discusiones
ideológicas.**

tura son sorprendentes. El cambio, palabra clave de los quince primeros meses del nuevo gobierno, ha consistido principalmente en el sentimiento por parte de algu-

**El electorado específico
de Mitterrand
se recluta
principalmente
en el sector público.**

nos grupos sociales que se habían sentido excluidos del poder durante un cuarto de siglo, de ser admitidos de nuevo. De Gaulle y sus seguidores tenían sólidas raíces entre los campesinos, los dirigentes, los empresarios pequeños y grandes, los pensionistas. François Mitterrand tiene gran audiencia entre los obreros y los empleados, los funcionarios, los jóvenes. Bien entendido, los dos han ganado la partida con una incursión en el campo contrario. De este modo, De Gaulle conquistó en 1958 el voto obrero tradicionalmente reservado al PCF, que no acierta a recuperarlos. En la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 1981, Mitterrand registró, a su vez, un claro progreso en la aceptación de las clases medias. Y últimamente hace incursiones de un modo conspicuo en el electorado obrero de Marchais.

François Mitterrand tiene la mayoría de este vasto grupo de contornos imprecisos, que a su vez son mayoría en el interior de la nación: el grupo de los asalariados, como él mismo indicó el día de su llegada al Eliseo, afirmando que la política francesa se estaba reconciliando con su sociología. Los presidentes anteriores, por el contrario, tenían su mayoría entre los no asalariados, o en un grupo que representa algo más del 20 % de la población activa.

El problema es que la categoría de los asalariados se ha convertido en algo totalmente masificado y tentacular, al mismo tiempo que ha dejado de ser significativa. Comprende posiciones sociales y niveles de rentas tan diversos, que acaba por recoger en su seno a la mayor parte de las contradicciones de la sociedad. Sería falso, ante todo, ver en el grupo de los asalariados el bloque de los privilegiados y en aquel de los no asalariados el grupo de los olvidados. La oposición marxista clásica

entre renta y capital y entre renta y trabajo conserva una cierta capacidad descriptiva, pero no proporciona una explicación exhaustiva del conflicto de intereses y de

la lucha de clases. Es necesario ir más allá. La división derecha-izquierda expresa, más que una oposición entre asalariados y no asalariados, un contraste entre la población activa y pasiva, compuesta en su mayor parte de pensionistas. Si sólo votara la población activa, la izquierda dispondría en Francia de una mayoría arrolladora. Pero no hay que olvidar que el porcentaje de población pasiva está condenado a crecer en el país.

La distribución población activa-pasiva explica en gran parte un fenómeno que no deja de impresionar cuando se analiza, por primera vez: la izquierda domina sólo entre las clases de renta media, o bien en aquel sector de la población que tiene una renta media familiar entre los 3.000 y los 7.500 francos al mes. Por encima de esta línea, pero también por debajo, predomina Giscard D'Estaing. La izquierda no es el partido de los pobres, sino el de los trabajadores activos (obreros, empleados, cuadros intermedios) que constituyen una especie de clase media de las rentas, entre el mundo de los empresarios y el de las profesiones liberales (por encima) y las clases pasivas (por debajo).

Burguesía de Estado y clase obrera.

Profundizando en los hechos, vemos que el electorado específico de François Mitterrand se recluta principalmente en el sector público (empresas nacionalizadas y funcionarios). Es esencialmente el pueblo, el que ha manifestado su entusiasmo en la Plaza de la Bastilla la noche del 10 de mayo. La clase obrera era feliz, pero no exultante. De aquí surge la analogía con Gambetta. Así como Mitterrand es el heredero de una considerable parte de la política gaullista, es también la ex-

presión de que los nuevos estratos sociales constituyen la infantería de la República. En la terminología marxista utilizada por Nicos Poulantzas, se decía que si la burguesía industrial había conservado una hegemonía en la sociedad francesa, las clases medias asalariadas constituían ahora la clase dominante en el nuevo juego del poder. La irrupción en el Palacio Bourbon, de un fuerte contingente de barbudos profesores del Liceo, ha representado para el público la traducción simbólica de este acontecimiento social.

Se ha llegado a la conclusión, un poco a la ligera, de que nos habíamos convertido en una República de profesores. Esto sería verdad si fuéramos todavía un régimen parlamentario. Pero somos, por el contrario, un régimen presidencialista, lo que significa, además del predominio del Presidente, un considerable poder del Gobierno y de la Administración. Y es aquí donde se ve desarrollarse, según la terminología de Poulantzas, una clase detentadora del aparato del Estado, más exactamente el Estado burocrático, distinto del precedente, que podíamos definir como «burguesía de Estado».

He intentado describir este fenómeno desde hace casi cinco años. Ciertamente la existencia de un aparato estatal autónomo no es algo nuevo. A los ojos de Marx el desarrollo de este aparato es uno de los rasgos característicos del bonapartismo. En épocas más recientes, el gaullismo había fomentado el desarrollo de una anarquía, o bien, de un poder autonómico de los administradores. «La república socialista de Mitterrand —escribía en 1977— tiene el peligro de ser, si llega a nacer, un precipitado de la República de los profesores cara a Thibaudet, y de la anarquía que dos expertos en estas cosas Jean-Pierre Chevènement y Didier Motchane, habían denunciado durante una época, bajo el nombre de Jacques Mandrin. Una asamblea en la que el porcentaje de dipu-

tados funcionarios corre el riesgo de ser más fuerte que en las épocas de Guizot». El pronóstico no era aventurado. El elemento nuevo reside en la afirmación de una *inteligencia* como clase estatal, por origen y por destino.

En los regímenes de izquierdas, esta clase estaba estrechamente ligada a la gran burguesía. Bajo el régimen de Giscard se acudió a un movimiento contrario: los gabinetes ministeriales y la alta administración se poblaron de hombres provenientes del sector privado. La autonomía del aparato estatal tendía a recortarse, mientras crece la permeabilidad entre los «vértices del Estado» y los «vértices de la economía». Hoy, por el contrario, la inteligencia administrativa instalada en el poder tiende a emigrar hacia la empresa a través de las nacionalizaciones.

**La clase obrera
no detenta
el poder pero está
directamente asociada
a él.**

En este sentido, el programa común, que consagraba la alianza política entre socialistas y comunistas expresaba exactamente la ideología y los intereses de clase de una nueva burguesía de Estado. La concentración del poder político, de un sector económico y de un sector cultural en manos de una capa de licenciados a la cabeza del Estado es indudablemente el hecho social más importante del período que estamos viviendo.

¿Y la clase obrera? No hay posibilidad de que se olviden de ella. Constituye el nervio del electorado de izquierdas y corresponde precisamente a la definición, proveniente de Poulantzas de clase de apoyo, que no detenta el poder, pero que está directamente asociada a él y se beneficia de alguna de sus recaídas positivas, como lo que ocurrió con los campesinos en el segundo Imperio.

El principal peligro para la firmeza de las alianzas son las dificultades del período. La crisis no pone en discusión sustancialmente las posiciones de la burguesía de Estado, que son institucionales, pero

no consiente en conceder a sus aliados obreros las ventajas que éstos reclaman, porque se trata, sobre todo, de ventajas de orden económico, por lo que la alianza tiene una efectividad política propia, en virtud de las amenazas, que un eventual retorno al poder de los adversarios representa para cada uno de sus componentes.

El efecto Solzhenitsyn.

Hasta aquí hemos examinado la actuación de Mitterrand sobre un fondo histórico nacional. Intentaremos ahora situar la ascensión al poder de los socialistas franceses sobre el telón de fondo del movimiento socialista internacional.

El Partido Socialista ha triunfado en Francia en el momento en el que la idea misma de socialismo entraba en crisis en el plano teórico. El persistente malestar entre el nuevo poder y los intelectuales no integrados en el aparato del Estado debe ser considerado aquí y no en otro punto. Es absurdo recurrir a explicaciones psicológicas, tales como el masoquismo, la fascinación de la desconfianza o, más claramente, una preferencia inconfesable por la derecha. Las cosas se hicieron más sencillas y claras en el momento en el que el capitalismo basado en el crecimiento sufría dificultades internacionales sin precedentes desde 1929 y el partido, que era portavoz del socialismo, proporcionaba a Francia un éxito inigualable. Los intelectuales sufrían en pleno el golpe del efecto Solzhenitsyn, confirmado y agravado por los acontecimientos polacos. El socialismo no representaba ya una solución, y el futuro no era más que cierto como pasado.

Se dirá que les ha tomado más tiempo del normal a estos intelectuales descubrir lo que casi todos sabían: es una paradoja, tanto rigor intransigente hacia Breznev cuando se perdonaba tan fácilmente a

**El fracaso histórico
del estalinismo ha modificado
profundamente nuestra
visión intelectual
del capitalismo.**

Stalin. Esta es también mi opinión. Esto no quita que el psicologismo no sirva a nadie y nada explique. Los umbrales de tolerancia social hacia el horror no están dictados por la sensibilidad individual, sino por la colectiva.

En realidad, lo que no se perdona al delito político no es tanto su carácter verdaderamente criminal sino su fracaso y el gran acontecimiento de los últimos quince años, en las democracias populares, es el fracaso político del estalinismo. Por una vez que los intelectuales no toman posiciones en nombre de la ideología, sino de la realidad, sería una falta de gusto echarlo en cara. No ha llegado al punto de dar pena, por una vez, que su percepción de los acontecimientos sobrepasa el sentido común. Mientras un partido como el PSF descubría el principal hecho de la postguerra, es decir, la descolonización, los intelectuales se han dado cuenta que la partida decisiva se juega en los países occidentales del imperio socialista. Esto sirve tanto para Lefort como para Thibaud, para Foucault como para Glucksmann, para Furet y para Bordieu, para Jean Daniel y Jean-François Revel, para Charles Bettelheim y para Maxime Rodinson, para Leroy-Ladurie y Jean Elleinstein.

El capitalismo rehabilitado.

Naturalmente el fracaso histórico del comunismo estaliniano ha modificado profundamente nuestra visión intelectual del capitalismo. Se ha descubierto así, de golpe, que no es siempre sinónimo de pobreza sino de prosperidad, que la democracia no surge espontáneamente y que es quizá el único sistema económico capaz de tolerarla, que no produce siempre la guerra y que, en todo caso, no es el único capaz de generarla. La crítica clásica del

capitalismo veía en él, un sinónimo de miseria, guerra y tiranía. Obviamente de él podían brotar estos tres flagelos, pero lo mismo se puede decir del socialismo.

Maurice Thorez, como columnista coherente, había comprendido que el abandono de las tesis sobre el empobrecimiento absoluto de los trabajadores en el capi-

talismo abría la vía al revisionismo. Pero llegó, por fin, el momento en el que esta tesis fue declarada absurda. Los más audaces pasaron de este modo de la crítica de la pobreza a la crítica del consumo.

Este hábil cambio dialéctico podía convencer del mismo modo a los intelectuales, a los cuadros dirigentes, a los miembros del establishment y a los marginados, pero dejaba a las capas populares indiferentes, ya que no podían admitir que los placeres del consumo pasaran bajo sus narices, en el momento en el que se preparaban finalmente a disfrutarlos. De aquí el malestar de los comunistas cercanos a estas preocupaciones. Malestar que creció cuando se reveló, que el comunismo del goulash, prometido por Krushev, era decididamente más difícil de realizar que el del gulag. Una de las bases del socialismo se hundía. Se pensaba, desde los utópicos a los científicos, de Fourier a Marx, que el capitalismo era en gran obstáculo para el consumo y que las famosas relaciones de producción (es decir, la propiedad privada) era el gran obstáculo para el desarrollo de las fuerzas de producción. Para decirlo con una frase que circula en Polonia, se ha buscado la colectivización de la agricultura para ver confirmada en los hechos la tesis marxista de las contradicciones entre las relaciones de producción y el desarrollo de las fuerzas productivas. Existe, en resumen, un capitalismo de la abundancia como existe un capitalismo de la pobreza. Aunque admitiendo que el segundo sea una consecuencia del primero —lo que está por probarse— permanece el hecho de que el socialismo se ha revelado hasta hoy, incapaz de una actuación parecida, aún al precio del pillaje del propio Tercer Mundo.

**La socialdemocracia
no ha conseguido ampliar
el consenso de los intelectuales
ilustrados,
si exceptuamos a Francia.**

Nacionalizar, ¿para qué?

Por razones que nada tienen que ver con el fracaso intelectual y moral del leninismo-estalinismo, la socialdemocracia sufre hoy también una grave crisis de confianza y de identidad. Su fórmula (capitalismo en la producción de la riqueza, socialismo en su distribución) ha conocido dificultades variadas en la crisis actual de la industria. Forzada a radicalizarse (Suecia, Inglaterra) o a suavizarse (Alemania), la socialdemocracia no ha conseguido ampliar el consenso de los intelectuales ilustrados, que tuvo en los años sesenta en Europa, si exceptuamos a Francia. Es la famosa crisis del Welfare State cuyos términos son bien conocidos: un mecanismo de redistribución, que se revela poco eficaz y a ratos también contraproducente, porque está basado en un sistema de privilegios sociales, demasiado agobiantes. En períodos de expansión, la acumulación continua de bienes permite distribuir entre los más pobres, la riqueza, sin dañar a los más ricos, mientras que en los períodos de escasez, el sistema cae bajo sospecha que rodea a todos los sistemas paternalistas, distribuir menos de lo conseguido y, por último, comer aire.

El socialismo francés está unido al poder en esta difícil coyuntura histórica. Los grandes objetivos se resumían en el tríptico «nacionalización, planificación, autogestión», una especie de variante de izquierdas de la socialdemocracia que la CFDT había elaborado por primera vez, y que el PSF había esencialmente hecho propio. El nuevo gobierno ha dado, evidentemente, prioridad a las nacionalizaciones. A la luz de las experiencias precedentes, la derecha y los ambientes de negocios están convencidos de que la izquierda no aplicará esta parte de su programa. Olvidaban que el nuevo partido socialista basaba precisamente su nueva identidad en la ruptura de la vieja costumbre de la SFIO de no tener confianza en

sus propios proyectos, una vez que habían alcanzado el poder.

El nuevo marco institucional, en cualquier caso, así como la amplitud de la victoria legislativa, por no hablar del vigilante control comunista impedían cualquier tergiversación. Nacionalizar, ¿para qué? Para construir el socialismo se decía en los años pasados. Para relanzar la industria y terminar con el desempleo, se afirmaba en 1981. Es demasiado pronto para decir si este segundo objetivo se alcanzará. Desde el momento en que Francia continúa rigiendo el juego de la competencia internacional no se ve cómo las empresas nacionalizadas podrían evitar las cargas que pesan sobre las privadas. Es verdad que todavía las nacionalizaciones no se han concebido hasta la fecha como socia-

lización de los instrumentos de producción. No dan lugar, por el momento, a ninguna iniciativa social original, que haga llegar a los trabajadores que trabajan

en ellas el sentimiento de participar en su gestión. Parece, en suma, que después de haber hecho de las nacionalizaciones el emblema de la transición hacia el socialismo se siente en agobio en servirse de ellas realmente.

Lo que puede aplicarse en mayor medida a la planificación, que es tanto como preguntarse si el nuevo poder socialista se interesa en esto, porque Michel Rocard es ministro del ramo, o si Michel es ministro porque el poder se desinteresa. El plan, en cualquier caso, no parece el centro de las preocupaciones del actual gobierno socialista. Instrumento de previsión por excelencia, parece destinado a objetivos secundarios y a servir de máquinas quitanieves a la política económica del Gobierno. Pero, por encima de las circunstancias que pueden explicar esta situación, es necesario, sin embargo, reconocer que la misma idea de planificación atraviesa una seria crisis en el pensamiento socialista. O bien, tiene un carácter obligatorio que le

convierte en particularmente adaptado para regir una situación de escasez o tiene un carácter indicativo que le hace parecer, a todas luces, superfluo. Se diría que entre las pomposas medidas estructurales (nacionalizaciones) y la —llamémosla así— navegación a vela requerida por la fase difícil en que se encuentra la economía, no hay lugar para una política industrial ambiciosa y selectiva. Ciertamente, Jean-Pierre Chevènement, no esconde sus convicciones industrialistas y quiere hacer de Francia el Japón del sector público, así como el banco de pruebas de otro tipo de crecimiento.

La autogestión en cuestión.

En cuanto lo que se refiere a la autoges-

tión nos encontramos en un bache, como si el 10 de mayo de 1981 hubiera firmado su certificado de muerte, o cuando menos provocado un síncope prolongado. Nos

encontramos frente a un proceso de autogestión, cuando la solución de los problemas se deja paulatinamente en manos de los gobernantes como un emblema distintivo de la Democracia. Por esta razón, la multiplicación de las instancias de participación, de consulta, es una forma indispensable de paso de la democracia gobernante. Nos encontramos todavía lejos de aquellos objetivos. Y ocurre, igualmente, que los socialistas que los defendían sólo de boquilla mantienen silencio sobre ella. Pero, ¿y los demás? Del mismo modo que para las nacionalizaciones, se trataba de la autogestión de contraseñas políticas útiles para perfilar un programa electoral, y su importancia ha disminuido progresivamente conforme se acercaba al poder. Y aquí reside la clave. Lo que cuenta en la experiencia en curso del nuevo gobierno socialista, no son las medidas tomadas, algunas de las cuales son indiscutiblemente excelentes, sino la escasa tendencia del poder a asociarse al pueblo de izquierda o simplemente a la gente. A los dieciocho

**La misma idea
de planificación atraviesa
una seria crisis
en el pensamiento
socialista.**

meses de la instalación del nuevo gobierno, asistimos todavía al socialismo como espectáculo y el público se limita a silbar o aplaudir según las escenas a las que asiste pasivamente.

A falta de una participación popular suficiente, el poder dialoga con los sindicatos. La profesión de *partner social* se ha convertido en una profesión de dedicación exclusiva como la de contable o fontanero. Digamos, además, que a la larga, a falta de un sistema de comunicaciones extendido, esta institucionalización constituirá para los sindicatos obreros un peligro. El sindicalista ha pasado de ser un delegado a ser un representante. Y en este paso gana ciertamente un poder real. De este modo, muchas disposiciones, como una ley de Aunroux cuya importancia es evidente, y que constituye una de las principales realizaciones sociales del nuevo régimen, corren el peligro de convertirse más en leyes sindicales que en conquista de los trabajadores. Por otro lado, el gobierno en mi opinión, no tiene interés en el fondo en convertir a los sindicatos en cómplices o confidentes. Como demuestra la experiencia histórica, frecuentemente los sindicatos adquieren representatividad oficial cuando los afiliados lo abandonan.

El problema del socialismo.

El partido socialista francés no discute más desde hace tiempo. Quizá tengan al-

go mejor que hacer. Pues bien, discutamos entonces nosotros. Sería verdaderamente una tragedia si la victoria del 10 de mayo terminara en Francia con el problema del socialismo, del mismo modo que Georges Marchais liquidó en su momento la dictadura del proletariado. Soy de los primeros en alegrarme del hecho que, la victoria del partido socialista francés haya eliminado de su interior las grandes discusiones ideológicas, librándole de toda retórica de la ruptura y permitiéndole del mismo modo reconsiderar los antagonismos de clase bajo un perfil abstractamente teórico. No se trata de un paso atrás sino de un adelanto. De este modo continuémoslo.

Hoy día lo sabemos todos: El socialismo no es, como durante mucho tiempo se ha querido creer, aquella otra lógica que aboliría la necesidad, la fuerza de las cosas transportándole, casi de milagro a los espacios casi encantados de la política euclidiana. Pero si no existe en propiedad un modo de producción socialista sino una economía compleja, donde un sector público coexiste con el sector privado y con sectores cooperativos y asociativos de diversa índole, no agota el tema. Ha llegado la hora de preguntarse sobre las diversas formas de intervención socialista, sobre los diversos modos de producción y de consumo.